

OLVIDO Y REMINISCENCIA

**PARA UNA
FENOMENOLOGÍA
DEL RECUERDO
INVOLUNTARIO**

MARC RICHIR

¹Existe, sin lugar a dudas, una cierta posibilidad de «remontar» en el tiempo, una determinada reversibilidad del tiempo común, y esta es, en los términos de Husserl, la propia de la rememoración (*Wiedererinnerung*). Husserl, sin embargo, distingue esta última del recuerdo (*Erinnerung*) o también del «recuerdo primario», más bien identificado con las retenciones pese a que, según Husserl, la rememoración esté siempre articulada con retenciones, así se trate, como suele ocurrir, de retenciones dormidas. Ahora bien, según creemos, y como hemos señalado, no hay tales retenciones, sino antes bien sucesividad de presentes —fundada sobre la irreversibilidad— en el seno de los cuales parpadea, una y otra vez, la distensión de lo más viejo/más joven con el instante-ahora. De ahí que, con ánimo de simplificar, y a pesar del título que quisimos darle a este fragmento para marcar nuestra profunda filiación con Husserl, dejaremos, ya de entrada, de hacer uso del término, más pesado, de rememoración, en beneficio del término, más sencillo, de recuerdo.

En el recuerdo, no se trata, en suma, de un puro y simple regreso al presente de un presente pasado tal y como hubo de haber sido

1. Traducido al español por Pablo Posada Varela. N.d.T.: este texto, inédito en español, está sacado de la siguiente obra: Marc Richir, *Fragments phénoménologiques sur le temps et l'espace*, J. Millon, Grenoble, 2006, pp. 142-153. Corresponde al apartado titulado «La reminiscencia», incluido en un capítulo titulado «Para una fenomenología del recuerdo voluntario e involuntario», incluido a su vez en la 1ª sección del libro, dedicada al tiempo. Al tratarse del extracto de un libro, nos hemos permitido la libertad de darle al texto un título y subtítulo de editor que, por lo demás, explicitando su oportuna inclusión en este volumen, no fuerza en absoluto el sentido del texto. Consideramos que, efectivamente, estas líneas tratan el tema de la reminiscencia o recuerdo involuntario (por oposición a la rememoración o recuerdo voluntario) sobre el inevitable fondo del olvido. Lo que Richir llama «pasado transcendental», y de donde se escapan las reminiscencias para, inopinadamente, pasar al presente, constituye un macizo olvidado (en sus «contenidos») pero afectivamente sentido (como inmemorialidad), del mismo modo que el futuro transcendental al que abre ese pasado (sin necesidad de volver a transitar por el presente) lo sentimos, ya afectivamente, con la frescura de lo siempre inmaduro.

en su presente (y en su afecto), sino de un «cierto» regreso precisamente bajo la forma del recuerdo, es decir, de modo «incorpóreo», a través del recuerdo *del* presente pasado, con su distancia de pasado *ya cumplida, ya trabada*. Y, tal y como lo ha mostrado Husserl (sobre todo en *Hua XXIII*²), la infidelidad del recuerdo entraña que en él se inmiscuya, irreductiblemente, algo de imaginación, e incluso, y acaso más fundamentalmente, *phantasia*³. Y es que, como en el caso de estas últimas, el recuerdo es cuestión de no presente a pesar de que, en este caso, el no presente sea un «ya no presente». Así y todo, contra lo que, en ocasiones, se ve Husserl forzado a sostener en virtud de su concepción, la *distancia* del pasado no es originariamente más o menos grande según cómo de grande sea el alejamiento de la retención durmiente despertada por el recuerdo: el recuerdo de un pasado «lejano» puede resultar bastante más vivaz que el recuerdo de un pasado «próximo» o incluso reciente, lo cual significa que, más allá de la institución simbólica de la cronología, la distancia del pasado *no es intrínsecamente medible*, y que la intensidad o la vivacidad del recuerdo proceden de algo distinto a la distancia temporal: no puede tratarse, como sabemos, sino de la afeción que le da vida a la *phantasia*, y

2. N.d.T.: Richir se refiere al tomo XXIII de las obras completas de Husserl, titulado «Fantasía, recuerdo, conciencia de imagen»: Edmund Husserl, *Phantasie, Erinnerung, Bildbewusstsein. Zur Phänomenologie der anschaulichen Vergegenwärtigungen. Texte aus dem Nachlass (1898-1925)*, E. Marbach (ed.), Martinus Nijhoff, La Haya, 1980). Tomo del que Richir hizo una lectura muy fecunda (ver *Phénoménologie en esquisses*, J. Millon, Grenoble, 2000 o *Phantasia, Imagination, Affectivité*, J. Millon, Grenoble, 2004).

3. N.d.T.: Con el término griego «*Phantasia*» traduce Richir la voz alemana «*Phantasie*» que se opone, en Husserl, a «*Imagination*» o «*Einbildungskraft*», más cercanas a la estructura dual de la «conciencia de imagen» (*Bildbewusstsein*). La *Phantasia* es, en cambio, igual de directa que la percepción (su estructura no es dual, ni su acto es compuesto), y se abre camino no ya, contrariamente a la imaginación (suerte de conciencia de imagen interna) apoyándose en la dualidad *Bildobjekt-Bildsujet*, sino a través de apariciones de *phantasia* (*Phantasieerscheinungen*) en las que trasparece lo «phantaseado» del mismo modo (la analogía es estructural) en que lo percibido (*das Wahrgenommene*) se perfila a través de sus escorzos, esquicios o adumbraciones (*Abschattungen*). Richir considera que el término «*fantaisie*» en francés, así como el término «fantasía» en español resultan demasiado próximos a la «imaginación». De ahí que recurra Richir a la transcripción en alfabeto latino de la voz griega. Hemos querido ser fieles a esa decisión terminológica y de traducción (del original alemán) del propio Richir y hemos optado por mantener su opción (i.e. *phantasia* y el derivado *phantasear* para traducir lo que el francés vierte con «*phantasmer*», a saber, el «*phantasieren*» alemán).

de lo que, de su intensidad, se conserva mediante su transposición en afecto (al que Husserl, por lo demás, también atribuye, conviene recordarlo, cierto papel).

La primera de las cuestiones que se nos plantea es, claro está, la de saber lo que *constituye la distancia del pasado*, distancia irreductible y que está en relación con lo que constituye la *irreversibilidad* del tiempo.

Por comodidad, podemos partir de un esquema grosero de lo que pensaba Husserl a propósito de la rememoración: se trata, cada vez, de una imaginación *de lo que ha sido* o de lo que, en la intencionalidad de imaginación, precisamente por ello modificada, queda *puesto* ahora como *habiendo sido*. Si bien es cierto que esto sí da cuenta de que el acto de recuerdo es presente y, por lo tanto, está en la conciencia, no da cuenta, en cambio, ni de la posición (que distingue el recuerdo de la imaginación, para la cual solo hay cuasi-posición), ni de la distancia del pasado propias del recuerdo. Esta concepción elemental es pues híbrida y, en entero rigor, insostenible. Y lo es tanto más —cabría añadir— por cuanto que si bien permite concebir que la imaginación esté instituida sobre *phantasia*, no se ve en absoluto sobre qué podría estarlo la posición. Por lo demás, no deja ello de suscitar la duda en punto a la necesidad general, para el recuerdo, de una *posición* explícita del pasado —toda vez que ello equivale, al punto, a «ontologizarlo» y a desentenderse, de entrada, de la cuestión de saber si acaso no existiría la posibilidad de una relación no posicional del presente con el pasado—. Esto se da, en particular, en el caso del recuerdo involuntario pues ¿acaso no es el recuerdo el que *viene* de suyo desde el pasado, sin que me haga falta hacer posición del mismo? Y si «me» viene de este modo, ¿acaso no lo hace de un modo antes proto-ontológico que ontológico, es decir, al menos con el poso o resto de afección que lo moviliza? ¿Y no es tanto más así por cuanto el recuerdo involuntario no solo escapa, por definición, a mi voluntad de recordar, sino que también, y sobre todo, nunca es un recuerdo cualquiera, nunca es, digamos, arbitrario? Husserl, ciertamente, lo contaba entre las síntesis

pasivas; síntesis que, primitivamente, lo son de afectos. ¿Significaría esto entonces, como estaríamos tentados a establecer, que el recuerdo involuntario es, en primer término, e incluso originariamente, una determinada *phantasia*-afección «depositada» en el «macizo del pasado», junto a la fase de presencia de que procede, es decir, «atraída» o «polarizada» por el pasado transcendental esquemático y proto-ontológico, antes de verse transpuesta en afecto dentro de la institución del tiempo de los presentes, que es donde tiene lugar el recuerdo; transpuesta, pues, en un afecto (que guardaría dicha «polarización») consectorio de la figuración intuitiva en imaginación? Veremos que no es tan sencillo, y ya se adivina no bien reparamos en que con la institución del tiempo de los presentes y su «mantenimiento [*maintien*]» dentro del esquematismo de la repetición repitiéndose, pasado y futuro transcendentales se verán *asimismo* transpuestos en pasado y futuro infinitos. Falta pues una mediación que nos vemos obligados a explicitar fenomenológicamente.

Si alegamos que el recuerdo se instituye propiamente en el presente en virtud de la transposición arquitectónica de una u otra *phantasia*-afección (o uno u otro grupo de *phantasiai*-afecciones condensadas) extraídas del «macizo del pasado» junto a la fase (o fases) de lenguaje de que procede o proceden, y si sostenemos que la transposición lo es en afecto de recuerdo y en intencionalidad imaginativa que mienta [*visé*] (y eventualmente figura en intuición) lo recordado ¿cabría entonces sostener que lo recordado trasparece [*paraît*] sobre fondo de pasado transcendental, aunque solo fuera transponible respecto del pasado infinito? Dicho de otro modo ¿podemos sostener que lo recordado aún procede, así sea indirectamente, del «macizo del pasado»? ¿Qué distingue, en esta hipótesis, la imaginación de lo no presente como pasado de la imaginación del no presente propio del «lugar ninguno [*nulle part*]» (de lo imaginario)? O también: ¿Qué es lo que hace que el pasado se vuelva *reconocible* como pasado? La respuesta a esta pregunta aportaría alguna luz sobre la cuestión de la irreversibilidad.

Como quiera que sea, el simple hecho de plantearla evidencia algo importante: que lo inmemorial (o, por consiguiente, lo inmaduro) es lo que, a saber, precisamente, no es el recuerdo ya que este es, justamente, «memorable» o susceptible de rememoración.

Su pasado está pues «cortado» del pasado transcendental, así como del futuro transcendental. Se trata de un efecto de la transposición arquitectónica de la presencia en presente. Por consiguiente, el recuerdo no procede, como tal, del «macizo del pasado». Como mucho, constituye este para aquel un horizonte indefinido. Hay, en la dimensión de pasado de lo recordado como nóema de la vivencia de recuerdo, como vivencia, por lo tanto, en el presente, algo que queda «fuera» de la «vida» del presente (de su parpadeo más o menos «efímero»), y ese algo es precisamente aquello a que apuntábamos bajo el aspecto *muerto* o *preterido* [*révolu*] del pasado en el presente; y ello a pesar de que, como horizonte, el pasado transcendental esté ya siempre y siempre todavía «ahí», transcendentalmente «en función», aunque de modo oscuro. La cuestión pasa, a partir de entonces, a ser la siguiente: ¿cómo es posible que esta parte, ya muerta dada la preterición del pasado, pueda «revivir», ponerse a parpadear, en el parpadeo del presente del recuerdo? En rigor, se trata de una pregunta que es genética tan pronto como nos percatamos de que la articulación de los recuerdos con las retenciones durmientes [*en sommeil*], tal y como Husserl la concebía, procede del registro arquitectónico ya abierto por la institución del tiempo de los presentes, y que marra de antemano la transposición arquitectónica. Otro tanto ocurre en Hegel, con su concepción del paso mediante «desfondamiento [*effondrement*]» desde el parpadeo de la dualidad propia del pasado y entendida como «inquietud paralizada» (la expresión rotula el problema, pero no lo trata).

Ahora bien, si admitimos que la distinción entre el simple pasado y el pasado transcendental procede de una distinción *intrínseca* al presente entre su parte «viva», donde la distensión más viejo/más joven parpadea con el instante-ahora, y su parte «muerta» o «cada-

vérica» que «tetaniza [*tétanise*]» y paraliza el pasado, no hemos hecho, en entero rigor, sino desplazar el enigma hegeliano del «derrumbe» o «desfondamiento», con la salvedad de que acaso hayamos franqueado una nueva etapa si comprendemos que la «tetanización [*tétanisation*]» toca no tanto a lo que se vuelve, así, retencional (lo que, más o menos, pensaban Husserl y Hegel), cuanto, al menos en una parte fluctuante (indeterminada), a una porción del *pasado transcendental* mismo. De ahí que, correlativamente, dicha «tetanización» tenga por efecto el vaciar [*évider*] del mismo modo una parte del futuro transcendental, «inmovilizando [*figeant*]» así algo del tiempo mismo para volverlo irreversible, para transponer la «temporalidad» transcendental en uniformidad del decurso [*écoulement*] del *corpus* muerto del presente (aunque «viviente» por otro lado: la distinción se hace por abstracción de las dos partes de un todo concreto) desde un futuro infinito (inagotable) hacia un pasado infinito.

Hay pues, en la *Stiftung* del tiempo de los presentes, algo que presentimos, pero que aún se nos escapa relativamente. Este «algo», solo podemos hallarlo reexaminando lo que sucede en la interrupción de los esquematismos de lenguaje. No ya en la ruptura «accidental», que no deja sino «tiempo vacío» (que deja pura distensión en la *hylè* temporal primera), sino en aquella interrupción, por así decirlo «natural», que tiene lugar cuando la fase de lenguaje parece (ilusoriamente) saturada. En este caso, en efecto, y que no puede ser consectorio del traumatismo (de un estallido en dispersión del fenómeno de lenguaje), las *phantasias*-afecciones en juego en la fase de lenguaje se condensan en una suerte de conglomerado o aglomeración en implosión que interrumpe el quehacer del sentido, a pesar de que todo esto sea provisional, dado que jamás sentido alguno está, como tal, completamente saturado. Es este conglomerado perdido —y no la propia fase de presente— lo que constituye la «parte muerta» del presente, y que habita a modo de doble fondo el parpadeo de lo más-viejo y de lo más joven con el presente. Esta «parte muerta» no está, con todo, definitivamente muerta, ya que

siempre puede ocurrir (he ahí el juego de las síntesis pasivas) que, en tal o cual puesta en juego de la presencia en lenguaje, una u otra *phantasia*-afección, asimismo en juego, se haga eco de y «despierte» una u otra *phantasia*-afección del conglomerado, dando así, en cierto modo, y mediante la transposición arquitectónica en presente, «materia» al recuerdo, aunque aquí —conviene subrayarlo— se trate del recuerdo *involuntario*. Dicho con mayor precisión: con ser cierto que la fase de lenguaje, por lo que a ella cuenta, sí se remite al «macizo del pasado», no ocurre otro tanto con su conglomerado en implosión: como «parte muerta», este último sí que pertenece al pasado. Se trata de la parte del acontecimiento (*Ereignis*) de sentido que está pretérita, que *está pasada*; también está, como tal, «muerta» en y para el presente actual, a pesar de guardar en él cierta calidad de transponible. Transponible porque sí puede «revivir», en el presente, pero con esa dimensión de muerte (de irremediable preterición), como recuerdo involuntario, a poco que tales o cuales (tal o cual grupo) de entre sus *phantasiai*-afecciones se vean arquitectónicamente transpuestas en afecto del recuerdo involuntario y en imaginación más o menos figurativa de uno o de varios objetos aprehendidos, por ende, como *pasados*. Para marcar la diferencia con las reminiscencias transcendentales (en las que siempre juegan también premoniciones transcendentales), nos referiremos a ellas, simplemente, con el término de *reminiscencias*. Bien es cierto que *vuelven*, como tales, *del pasado*, para «revivir» en presente, al albur del juego de las «síntesis pasivas» (de asociaciones que, en primer término, lo son de afecciones y de afectos), aquí de segundo grado, ello independientemente de toda voluntad, y «acompañadas» de afectos que, en un sentido que habremos de precisar, también lo son de la irreversibilidad.

Lo que, sobre todo, conviene tener presente, es que las reminiscencias, que tienen lugar en presente, lo son de *añicos* [*éclats*] o de *manojos* [*touffes*] de *phantasiai*-afecciones condensadas en uno u otro conglomerado de lenguaje más o menos en implosión; y que esos manojos, por regla general más o menos bien figurados por la ima-

ginación y acompañados del sentido intencional de lo «pretérito [*révolu*]», no participan ni del pasado transcendental, ni tampoco del «pasado» retencional de lenguaje (como lo más viejo). Constituyen algo así como el doble fondo o el trasfondo del presente; son fondos las más veces recónditos y sin conciencia, y se hallan en *Spaltung* dinámica (no fijada) con un tipo de afectos que les son específicos. En este sentido, cabría decir que lo que distingue a la reminiscencia de la pura y simple imaginación reside en que una parte de su afecto pertenece a lo que está en reminiscencia ya que la reminiscencia vuelve involuntariamente desde el pasado. O, dicho de otro modo, que una parte de su afecto forma parte de su *hylè* intencional (la que se ve retomada en imaginación), «pasando» entonces al nóema de la reminiscencia como un «carácter» de pasado, no intuicionable como tal, aunque participe en la figuración misma con el «carácter» de algo muerto que, a su manera, resucita. O, si se quiere, cabría decir también que la reminiscencia es la resurrección de las partes muertas de los sentidos que, por lo que a ellas toca, pero solo por lo que a ellas toca, pertenecen al «macizo del pasado» y aún «viven» en él en lo que constituye la doble reversibilidad de la «temporalidad» transcendental. De entre los sentidos que pudieron hacerse en presencia, solo una parte, primero muerta, puede resucitar en el presente de la reminiscencia como proviniendo inopinadamente del pasado, y la vivencia de este encuentro inopinado no es otra que la vivencia de la *irreversibilidad* del tiempo, la cual funda la distinción entre lo anterior y lo posterior. Y será precisamente esa irreversibilidad lo que habrá que vencer, con mayor o menor esfuerzo, para hacer revivir *el sentido* a través de esos añicos o manojos de su temporalización en presencia para así, como decía Husserl, «reactivar» la *Sinnbildung* a través de su *Sinnstiftung*.

Dos son los problemas que aún se nos plantean: 1) El del *reconocimiento*, en la reminiscencia, *de lo que ha sido o fue*; 2) el del *afecto* de la reminiscencia, que comprende al menos algo del «carácter» del pasado.

Por lo que hace al primero de los problemas, cumple, en primer lugar, señalar que incluso en la reminiscencia late algo «irreal», algo más o menos vago y fluctuante —tal y como el propio Husserl lo describió en Hua XXIII⁴—. En aras a la claridad analítica, podemos distinguir, *grosso modo*, tres casos tipo en la *Stiftung* del presente.

El primero es aquel en el que, en virtud de la transposición arquitectónica de la presencia en presente, la *phantasia*-afección se disocia dinámicamente, y de modo más o menos fuerte, en afecto (constituyendo así la *hylè* temporal en el sentido de Husserl) y en acto de imaginación, acto intencional que mienta significatividades vacías de intuición o de objetos (*Bildsujet*) figurados provistos de tal o cual significatividad intencional. Se trata del caso tipo más general, en el que la base de la imaginación es la *phantasia*, transpuesta en el *Bildobjekt* como simulacro.

El segundo caso, y aquí habremos de tocar la cuestión de la realidad, es aquel en el que, dentro de esa misma estructura, el nóema se despega por completo (en principio) del afecto procedente de la afección en la medida en que su significatividad intencional resulta de la *Stiftung* del tiempo de los presentes (y de la exterioridad «espacial»; volveremos sobre ello) encadenando en un tiempo (ese tiempo) las *Abschattungen* del objeto percibido tomadas cada vez, en cada *instante-ahora*, bajo la forma de *Perzeptionen*. Será en la unidad temporal de este encadenamiento tan particular donde *se instituya* la percepción como *Wahrnehmung*, en virtud de una suerte de *exceso*, correlativo de una transposición arquitectónica del nóema intencional sobre lo «reell» de las noesis y de la *hylè* —queda aquí esta transposición, claro está, pendiente de estudio en su entera complejidad—.

El tercer caso, el que, en particular, más nos interesa aquí, no es otro que aquel en el que, una vez más dentro de la misma estructura de transposición, la base fenomenológica de la imaginación es un conglomerado de *phantasiai*-afecciones (entre las cuales puede haber *phantasiai*-afecciones «perceptivas») «dejadas atrás» por la interrup-

4. N.d.T.: *Vid. Supra*, nota 2.

ción de tal o cual fenómeno de lenguaje ilusoriamente llevado a su saturación; saturación que, de hecho, no lo es sino de significatividades incoativamente recortadas y, por ende, no intencionales, todavía en el seno de la base. Este conglomerado que, en parte, está muerto, es consecretario, en la *Stiftung* del presente en el que la imaginación lo retoma (o, más ampliamente: puede, potencialmente, retomar), de un tipo específico de afectos; tipo de afectos en punto al cual se plantea la cuestión de saber si el pasado resucita en el presente por sí solo, y como *hylè* del acto de reminiscencia, constitutivo del «carácter» de pasado, y si dicho pasado puede, por sí solo, bastar para lo que constituye el *reconocimiento* de lo fue como habiendo sido. Efectivamente, si se da tal reconocimiento, si este lo es de lo que *fue*, parece necesario que al menos un cierto contacto con lo «real» tenga lugar. Ello a pesar de que la cuestión del estatuto fenomenológico de esto «real» permanezca aún, aquí, en suspenso, habida cuenta de que no puede tratarse, en este caso, de esa extraña «realidad» que surge también con la interrupción, y que es la de lo sublime (sublime positivo o negativo) puesto que en ella hay, ciertamente, *phantasia*, e incluso *phantasia*-afección, pero no imaginación, o al menos no en acto.

Manifiestamente, en la reminiscencia late, como hemos dicho, cierta «irrealidad», es decir, una mezcla o contaminación del primero y del tercero de los casos que acabamos de repasar. No obstante, no hay tal contaminación en el segundo de los casos, ya que la reminiscencia de A es completamente diferente de la percepción de A, o acaso porque, en la reminiscencia, no es la percepción —la cual está hecha de adumbraciones (*Abschattungen*)— lo que vuelve a ponerse en acción, y también porque la reminiscencia no se hace mediante adumbraciones sino *de un golpe*, como en un fogonazo ciertamente en presente, aunque en un presente cuasi-idéntico al presente de la imaginación. Reconstituir una percepción en la reminiscencia sería puro artificio fenomenológico, lo sería, dicho sea de paso, tanto en relación a la imaginación como en relación a la reminiscencia. Por

consiguiente, eso «real» que vuelve desde el pasado en la reminiscencia del pasado contenida en la reminiscencia participa bastante más de la *Sachlichkeit* de esta que de cualquier otro género de *Realität* dada en percepción. Por ponerlo de otro modo, lo «real» no está, en la reminiscencia, percibido (*wahrgenommen*) una segunda o una enésima vez, sino que consiste en lo que aún está pendiente de «realizarse» por entre la incoatividad del parcelamiento [*découpage*] de las significatividades aún en lenguaje, sumidas desde la interrupción de uno u otro fenómeno de lenguaje por saturación. Solo hay reminiscencia en la medida en que hay «espera» indeterminada de esta «realización». Si algo hay que ha pasado, y si ese algo pasa a la reminiscencia, es porque sus significatividades han quedado sumidas (no cumplidas) cuando ese algo pasó, pero sin quedarlo lo suficiente como para no despertar afecto y fascinación, siquiera secreta y pasajera, volviendo así, periódicamente y por sí mismas, al presente, como para indicar que la «cuenta», la de esa fascinación, aún está «pendiente», que no se «saldó» aún: lo que está en reminiscencia, y que se figura en intuición por medio de la imaginación (acompañada de su afecto correspondiente), «guarda su secreto» y, en ese sentido, está «todavía vivo». Es así que, en el fondo, lo que está en reminiscencia «busca ser reconocido o hacerse reconocer», casi como si de (algún) otro [*autrui*] se tratase. En ello consiste su *Sachlichkeit*, muy alejada, en rigor, de toda *Realität*; *Sachlichkeit*, por lo demás, cuya figuración intuitiva en imaginación termina siempre por convertirse en un travestimiento originario. Así pues, si cabe hablar de esta *Sachlichkeit* reconocida como habiendo sido, habrá de ser en tanto que extraída del seno de una fase de lenguaje ya sita en el macizo del pasado. *Se hace reconocer* si re-emerge, en el campo fenomenológico, al modo de uno u otro conglomerado más o menos aglomerado de lenguaje, merced a «asociaciones», es decir, en virtud de una puesta en juego, del todo implícita, de fenómenos de lenguaje; enteramente implícita e incluso marcadamente implícita toda vez que el pasado «no reconocible»

constituye la parte más importante del macizo del pasado. Por último, la figuración o la re-figuración en imaginación de lo que está en reminiscencia poco importa. Importa bastante menos, en cualquier caso, que el «retorno» involuntario o la llamada reiterada a hacerse reconocer, propia de lo que está en reminiscencia, con su parcelación aún incoativa (y misteriosa) en significatividades mezcladas con afecciones aún sin fijar en afectos. Así, junto a esa incoatividad, reconocible entre mil, algo del carácter de la interrupción del fenómeno de lenguaje por saturación (aparente) «pasa» al «carácter» de pasado. También en este se da, al menos en el seno de las reminiscencias, algo así como el *testimonio* de la *muerte* del sentido *por agotamiento siempre prematuro*. La incoatividad es, por ponerlo de otro modo, consectoria de una pre-maduración debida a una suerte de aborto, por lo tanto, a una muerte. Y esta muerte es un manera de decir que, antes de entrar en reminiscencia, lo que está en reminiscencia se había *olvidado*, incluso borrado; de ahí la sorpresa ante esa vuelta o retorno [*retour*] inopinado, al albur de una u otra «asociación». Como reza la expresión proustiana, es un tiempo que se ha «perdido» antes de haber sido «recobrado [*retrouvé*]». Esta extraña complementariedad constituye toda la enjundia de la afectividad de la reminiscencia; al igual que el afecto que le es propio cuando se ve transpuesto por la conciencia en imaginación. Así, si este afecto se retoma, en tanto que *hylè*, en el nóema de una imaginación, le confiere a su objeto su «aire» o «carácter» de pasado.

El afecto propio de la reminiscencia (que no hay que confundir con el afecto en reminiscencia) indudablemente existe y es, a lo que nos parece, el de la *nostalgia*, en el sentido literal del «dolor del retorno» y no de una suerte de pesadumbre en el retorno: si la reminiscencia lo es de algo cargado de una afección feliz, se tratará del duelo por esa felicidad irremediamente pretérita, y si lo es de algo cargado de una afección infeliz o desgraciada, se tratará del dolor experimentado por el recuerdo [*rappel*] inopinado de algo que ya no puede ser

evitado y que reabre una herida, la de lo por siempre jamás irreparable. El regreso del pasado que, en la reminiscencia, se produce, tal y como decíamos, espontánea e inopinadamente, es pues también el regreso de algo *más viejo o anciano* que absorbe en sí mismo a lo más joven en la medida en que la irreversibilidad es, en esta ocasión, radical, y está aquí en juego como lo irremediable, afectado de su índice de *Sachlichkeit*. En la transposición arquitectónica en que este afecto se instituye, lo más viejo se instituirá también, de resultas de ello, como lo *anterior*, como aquello sobre lo cual no hace al caso retornar porque su por-venir no se «cumplió» en su «momento», porque el *kairos* de este «cumplimiento» fue marrado, de suerte que ese por-venir sigue perteneciéndole, sigue implicado en ello sin otra viabilidad que, precisamente, la propia de la reminiscencia. Lo cierto es que, sea como fuere, vuelve, y se pone a vivir de nuevo, resucita, pero, a la vez, sin desvelar su enigma, celándolo. Sucede un poco como con la escena que nos cuenta Homero en la *Odisea*, cuando Ulises se allega al borde del mundo y divisa el Hades, donde, desde el final de la guerra de Troya, yerran sus antiguos compañeros muertos. Pues bien, se requiere sangre, es decir, vida, y sangre animal, esto es, vida salvaje, para que esos fantasmas hablen, para que vuelvan a ponerse en lenguaje, y digan *eso ya cumplido* que Ulises no sabe. Y, efectivamente, no hace falta menos para que la reminiscencia, que puede ser la de un pasado hasta ahora ignorado, se ponga en cierto modo a «hablar», a salir del conglomerado fantasmático que constituye el pasado para abrirse de nuevo a la temporalización en presencia *del sentido*; sentido que se ha retirado al macizo del pasado pero que no por ello está del todo perdido ya que puede ponerse a vivir de nuevo, aunque, a menudo, suela hacerlo transfigurado.

La reminiscencia alberga pues una estructura más compleja de lo que en principio parecía. Su base fenomenológica sí consiste en el despertar, merced a los ecos, y dentro de tal o cual fase de presencia, de una u otra *phantasia*-afección (o de tal o cual grupo condensa-

do de *phantasiai*-afecciones) con una u otra *phantasia*-afección (o tal o cual grupo de estas) sumida en un conglomerado de lenguaje que padeció el actual soterramiento a raíz de lo que a todas luces fue una saturación de su sentido. Su base es pues la *phantasia*-afección y no la imaginación y, como reminiscencia, sigue siendo transpasible a lo que sobre ella se instituye, a saber, al afecto de la nostalgia por un lado, y a la imaginación ocupada en mentar o figurar intuitivamente la *phantasia* por el otro; todo ello en el presente. Lo que se instituye de este modo es lo que, propiamente hablando, entra en la conciencia. No obstante, la *phantasia*-afección (o el grupo de *phantasiai*-afecciones) desgajada del conglomerado de lenguaje comporta, en virtud de este desgajamiento, algo fantasmático, nebuloso, con una *Sachlichkeit* propia de un jirón errático (llevando *un* y llevado *por* un ritmo) de sentido perdido, y una afección más o menos intensa que no es sino la de la pérdida, es decir, la del dolor o duelo.

En virtud de la institución del presente de la reminiscencia, ocurre, por un lado, que la afección en cuestión se transpone en afecto de la nostalgia y la *phantasia* en mención o en figuración intuitiva de la imaginación, de lo que trasparece como habiendo sido, con su enigma aún vivaz. Por otro lado, y en virtud de lo mismo, la reminiscencia se inscribe en el esquematismo de la repetición repitiéndose del presente, con su doble fondo: será así como, por decirlo brevemente, *lo más viejo se transponga*, junto a la irreversibilidad de que la reminiscencia es testimonio, *en anterior*, y como, correlativamente —el presente en su repetición repitiéndose sirva de pivote en este registro—, *lo más joven se transpone, con su incertidumbre convertida en radical, en posterior*. Comoquiera que la reminiscencia surge, inopinadamente, del pasado, nada garantiza, efectivamente, el futuro, como tampoco ulteriores retornos involuntarios del pasado. Para asegurar su futuro, sería menester volver a partir de su estatuto más arcaico, es decir, del *esbozo de sentido* [*amorce de sens*] como reminiscencia del pasado que retorna llevando consigo la promesa de un sentido, el suyo, que ya de

antemano ha perdido por el hecho de no ser sino un jirón de sentidos enmarañados y entreverados desgajados del sentido de lenguaje en el que, otrora, se dividía en exigencia y en promesa. De hecho, dicho sea de paso, si la reminiscencia nos *sorprende*, también es en virtud de este desgajamiento. Esa parte desgajada constituye siempre una suerte de estallido de la masa transposable (en relación al presente) de las fases de presencia de lenguaje que se han retirado al macizo del pasado. A pesar de la barrera o del hiato constituido por la institución de presente, esa parte desgajada la franquea, aunque siempre de modo excepcional e inopinado, por sorpresa, y habida cuenta de que dicha barrera resulta, a pesar de todo, indecisa, y comporta áreas de indeterminación que conforman la transpasibilidad del presente; transpasibilidad tanto a la «temporalidad» transcendental como a ese extraño intermediario que es el pasado de la reminiscencia: así, la «parte muerta» del presente introduce por «contaminación» y de modo «retrospectivo» (en la génesis transcendental) la muerte en el interior del pasado transcendental, y en particular en el macizo del pasado (de suyo y por sí mismo abierto aún al macizo del futuro).

Intermediario tanto más extraño por cuanto suele estar, en su mayor parte, fuera de la conciencia o ser *bewusstlos*. Efectivamente, es lo que nos vemos obligados a admitir al tener en cuenta el recuerdo voluntario, del que no cabe suponer poder alguno para reestablecer por entero el pasado en su contenido intuitivo apoyándose exclusivamente en una voluntad propia. Prueba fehaciente de esta imposibilidad está en el hecho de que el recuerdo voluntario no puede recordar el pasado junto a su contenido intuitivo *ad libitum*: no soy capaz de acordarme a placer de toda escena del pasado; mi memoria, como memoria *del pasado* —y no la renovada puesta en acción de los hábitos y las sedimentaciones de sentido, que hay que guardarse muy mucho de confundir con lo que llamamos aquí recuerdo voluntario *intuitivo*— es una memoria «agujereada» por doquier, al menos si permanecemos atentos a la distinción, que hay que man-

tener (de hecho, siguiendo en esto a Husserl), entre la imaginación del pasado y el recuerdo intuitivo del pasado. Habremos de volver pormenorizadamente sobre la cuestión del recuerdo voluntario; ahora bien, lo que aquí nos aparece claramente, es que el recuerdo voluntario intuitivo solamente puede tener por base fenomenológica la reminiscencia sin conciencia, jamás arribada *tal cual* a la conciencia ya que solo la reminiscencia puede conferirle al recuerdo voluntario su «ilustración» intuitiva. El hecho de que la reminiscencia como tal haya permanecido fuera de la conciencia queda, a su vez, atestado por el hecho de que el recuerdo voluntario intuitivo, por regla general, no viene acompañado por el afecto de la nostalgia; y ello a pesar de que, a veces, puede verse movido por la nostalgia, aunque entendida, ahora, como languidez o pesadumbre, como deseo de recobrar el pasado. En todo caso, el recuerdo voluntario intuitivo, o lo que Husserl llama, propiamente, «rememoración», es mucho más neutro respecto del afecto de lo que pudiera serlo la reminiscencia. La rememoración resulta, por así decirlo, mucho más «abstracta» y ya bastante más próxima a la imaginación; rememoración que, por lo demás, suele ser vaga y defectuosa en punto a su figuración intuitiva, y en la que, en palabras de Husserl, la imaginación suele servir de relleno [«*bouche trou*»]. Lo que, en efecto, caracteriza al recuerdo voluntario, reside en que, por lo que a él cuenta, es intencional de medio a medio, mienta explícitamente como objeto y como su objeto algo *ya determinado* por lo que hace a su sentido intencional. Es el Yo quien vuelve, voluntariamente, sobre el pasado, y lo hace en el presente; no es ya el propio pasado el que, *motu proprio*, (re-)torna al presente y, desde ahí, al Yo concreto de la conciencia. Tendremos que analizar de cerca este movimiento de retorno hacia el pasado y la manera en que, en su «cumplimiento» intuitivo, es susceptible de dar con el pasado mismo.

Sea como fuere, si cumple admitir que hay una pléthora indefinida de reminiscencias que quedan fuera de la conciencia, *bewusstlos*, se ha de admitir no solo que sus intencionalidades imaginativas per-

manecen casi siempre en estado de potencialidad —y, como tales, bajo la forma de matrices transcendentales de las intencionalidades imaginativas de los recuerdos voluntarios— sino también que sus correspondientes afectos en reminiscencias sin consciencia, también en plétora, forman parte del rumor de fondo de los afectos que siguen siendo demasiado débiles, o demasiado poco intensos como para constituir presentes que sean discernibles para la consciencia; y permanecerán en esa baja intensidad en los recuerdos voluntarios intuitivos. Vemos, a tenor de todo ello, cómo, desde el punto de vista arquitectónico, estos afectos, junto con sus intencionalidades potenciales, ocupan el lugar de lo que Husserl entendía como retenciones dormidas. Esto nos permite evitar la aporía del continuo y de su substrucción matemática y, por lo tanto, evitar también la aporía del regreso al infinito. El continuo, una vez más, no es, para nosotros, sino una ilusión engendrada por el ruido de fondo de los afectos. El ruido de fondo de los afectos de nostalgia no es, para la consciencia, sino consciencia de su *envejecimiento interno*, del hecho de que hay, en la vida de la consciencia, varias cosas que esta no ha comprendido al haber pasado por ellas sin siquiera darse cuenta de las mismas, así como otras varias cosas que la consciencia no comprenderá jamás porque su vida se verá interrumpida por la muerte, por la interrupción brutal del ruido de fondo de los afectos; con la edad, la consciencia comprende que cada vez hay más cosas que desafían toda comprensión, y que ningún sentido que no sea trivial llega jamás a un cumplimiento satisfactorio de sí mismo, sin contar con que un cumplimiento llevado demasiado lejos puede acarrear la muerte del sentido. Es pues como si, en virtud de lo anterior, y de modo no menos extraño, el desajuste de lo más viejo con lo más joven envejeciese irreversiblemente, volviéndose lo más viejo, más viejo aún, y lo más joven, más joven todavía, y ello al punto de convertirse dicho desajuste en poco menos que insalvable en el tiempo mismo del «a la vez» o «al mismo tiempo». Es como si la parte muerta del presente,

es decir, el pasado, se hiciese más pesada, acercando al presente a su propia muerte, no dejando, por así decirlo, sino una parte cada vez más débil a su parpadeo, a saber, a la repetición repitiéndose del parpadeo entre lo más «viejo»/más «joven» del afecto y el *ahora* del acto. Todo ello no puede por menos de repercutir, en cierto modo, sobre el pasado, que acumula las intensidades de los afectos de nostalgia que acompañan las reminiscencias al menos potenciales de lo *pretérito* [*révolu*]. Todo ello, sin embargo, se produce bajo los horizontes del pasado y futuro transcendentales esquemáticos y proto-ontológicos, según la transpasibilidad a la inmemorialidad y a la inmadurez de las reminiscencias y premoniciones *transcendentales* en virtud de las cuales, de acuerdo con una extrañeza del mismo tipo, y pese a o más bien en virtud de la transpasibilidad de estas en relación al presente, pasado y futuro transcendentales permanecen inmutablemente «vuelto» hacia el presente, y ello merced a la mediación de las temporalizaciones en presencia que, en todo momento, pueden aún urdirse en el presente. El pasado como presente pasado es, efectivamente, la parte muerta de la «temporalidad» transcendental y es, precisamente, lo que se experimenta en la reminiscencia como duelo o dolor a tenor de ese retorno del pasado en el presente. La mayoría de las reminiscencias quedan fuera de la consciencia y, con toda probabilidad, esperarán en vano su resurrección en el presente y, aún con menor probabilidad, una nueva puesta en juego de las mismas en temporalizaciones en lenguaje. Conviene tener presente que las reminiscencias nada tienen de continuo (contrariamente a las retenciones husserlianas); son fundamentalmente discontinuas (en virtud de las discontinuidades de las interrupciones por saturación aparente de los fenómenos de lenguaje) a pesar de constituir, mediante sus afectos, y por débiles que sean sus intensidades, una parte del ruido de fondo de los afectos. Pese a estar adosado al pasado transcendental, el pasado como preterido está, paradójicamente, vuelto hacia un pasado más anterior aún y, por asimilación abusiva, más antiguo, mientras que el pasado transcen-

dental está, como ya hemos señalado, inmediatamente vuelto hacia lo más joven, es decir, hacia el futuro transcendental. La transposición arquitectónica de lo más viejo/más joven en anterior/posterior es, a raíz del hiato que se introduce entre dos registros arquitectónicos diferenciados, la expresión fenomenológica del *trabajo de la muerte dentro de la vida* misma, de eso que Hegel denominaba la «parálisis» de la inquietud, y que Husserl conjuraba recurriendo a la suposición de la absoluta continuidad del flujo de vivencias, del *Strömen*.

OLVIDAR / FORGETTING

—

BRUMARIA WORKS #9

TÍTULO / TITLE
Olvidar / Forgetting – Brumaria Works #9

IDEA ORIGINAL / CONCEPT
Darío Corbeira y Hugo López-Castrillo

EDITORES / EDITORS
Hugo López-Castrillo y Pedro José Mariblanca

EQUIPO EDITORIAL / EDITORIAL TEAM
Darío Corbeira, Hugo Coria,
Hugo López-Castrillo, Pedro José
Mariblanca, Pablo Posada Varela

COLABORA / WITH SUPPORT OF
Ayuntamiento de Madrid a través
de las «Subvenciones destinadas a
ayudas a la creación 2017»



EDITORIAL
Brumaria
Santa Isabel 28,
28012 Madrid
España
brumaria.net
brumaria@brumaria.net

DIRECTOR
Darío Corbeira

DISEÑO / DESIGN
Brumaria

COLECCIÓN / SERIES
Brumaria Uno, n° 47

ISBN
978-84-949247-5-0

DEPÓSITO LEGAL
M-31263-2018

IMPRENTA / PRESS
Fragma, Madrid

**ESTA EDICIÓN /
THIS EDITION**
1ª edición (septiembre, 2018)

El texto de la página 840 es un extracto de las palabras que pronunció Jonas Mekas el 8 de junio de 2017 en una entrevista conducida por Adam Szymczyk en el Bali-Kinos de Kassel con motivo de las jornadas inaugurales de la documenta 14. Puede consultarse el vídeo íntegro en nuestro canal en YouTube (<https://youtu.be/yEyTZ-DSjtw>), a destacar el fragmento 24:17–37:07 donde el cineasta lituano, de 94 años, se refiere con entusiasmo al «olvido».

The text on page 840 is an excerpt of the words pronounced by Jonas Mekas on June 8, 2017, in an interview conducted by Adam Szymczyk at Bali-Kinos in Kassel on the occasion of the opening days of documenta 14. Full video can be accessed through our YouTube channel (<https://youtu.be/yEyTZ-DSjtw>)—it is right between time 24:17 and 37:07 that the 94 year-old Lithuanian filmmaker enthusiastically defends “forgetting”.

TABLA DE CONTENIDOS / TABLE OF CONTENTS

PREFACIO / FOREWORD Brumaria	9
RECIÉN PASADO: EL OLVIDO DE AYER Peio Aguirre	23
MARGINALIA EN EL CENTRO: EXILIO IN SITU Ainhoa Akutain	39
LA DIALÉCTICA DEL OLVIDO: NOTAS PARA RECONCEPTUALIZAR LA TENSIÓN ENTRE AUSENCIA Y PÉRDIDA Miguel Alirangues	57
THE POLITICS OF FORGETTING IN THE KINGDOM OF SAUDI ARABIA: ICONOCLASM IN THE CASES OF JANNAT AL-MU’ALLAH AND JANNATUL BAQI’ Saskia Basa Smit	83
RASTROS DE OLVIDO EN EL CINE MARGINAL DEL TARDOFRANQUISMO Y LA TRANSICIÓN Alberto Berzosa	111
PAS DE FRANCHISE Micol Bez et Angelo Vannini	131
EL OTRO AMBERES Daniella Blejer	145

FRAGMENTOS SOBRE EL OLVIDO: TRAYECTOS EN FUGA	163	ARANTZAZU, 2014	359
Pablo Bonilla Elizondo		Miren Jaio	
LOS OLVIDANTES	183	SILENCIO, OMISIÓN Y OLVIDO EN CLARICE LISPECTOR: NOTAS SOBRE LO INNOMINABLE A PARTIR DEL ANÁLISIS FIGURATIVO DE LA IMITACIÓN DE LA ROSA, LOS DESASTRES DE SOFÍA Y PERDONANDO A DIOS	385
Camila Cañeque		Adriana Jiménez	
MEMORIA ROBÓTICA VS. OLVIDO REPTIL	191	EL RECUERDO DEL PODER: OLVIDAR EN TIEMPOS DE GOOGLE	397
Jordi Claramonte y Camila Cañeque		Aitor Jiménez	
Oraison pour l'oubli	207	EL PODER INAGOTABLE DEL OLVIDO	411
Julie Cottier		Carlos Jiménez	
ANÉMONA, HACERSE A LA MAR	223	AYER	425
Clelia Coussonnet		Lolita Lagarto	
SO AS NOT TO BE FORGOTTEN: INTERROGATIONS OF FORGETTING IN CONTEMPORARY ART	233	TIME IS WHAT KEEPS EVERYTHING FROM HAPPENING AT ONCE	429
Jessica DiPalma		Youngjae Lih	
MEMORIAS (EN)GASTADAS	257	CIRCULAR PATHS	449
Mario Espliego		Neva Lukić	
TRE POESIE	285	CONTRA LA IMPOSICIÓN DE OLVIDO: LA POTENCIA DE RECORDAR	461
Viviana Fiorentino		Elia Méndez	
EL OLVIDO FIGURADO: MÁS ALLÁ DE LA VANGUARDIA Y EL PRESENTISMO	291	UN LUGAR PARA SABER OLVIDAR: LAS IMÁGENES BIOGRÁFICAS Y LA CONSTRUCCIÓN MNEMOTÉCNICA DEL HOGAR	487
Oriol Fontdevila		Hortensia Mínguez y Carles Méndez	
ABOUT FORGETTING	317	[SIN TÍTULO]	513
Dagmara Genda		Armando Montesinos	
HACIA UNA POÉTICA DEL OLVIDO	323	OLVIDAR, ENCONTRAR, CREAR: SOBRE LA GÉNESIS DEL SENTIDO	519
Marcus Groza		Pablo Posada Varela	
A MILLION FRAGMENTS MADE UP MY MIND	339		
Matthew Harvey			
TEMPORAL DISAPPEARANCES IN CONTEMPORARY PRACTICES	349		
Bianca Hisse			

MEMORIA, MITO Y OLVIDO Raúl Prada Alcoreza	543	AMOR E MORTE, ARTE E OLVIDO: PENSANDO EM NIETZSCHE, CARAVAGGIO, JORGE SEMPRÚN E PRIMO LEVI Carlos Vidal	701
OLVIDO Y REMINISCENCIA: PARA UNA FENOMENOLOGÍA DEL RECUERDO INVOLUNTARIO Marc Richir	557	L'INSOUTENABLE DISCRÉTION DE L'OUBLI António Vieira	719
PERFORMAR LA SOMBRA LÍQUIDA: UN OLVIDO CONTINUADO Elia Rodière	577	A LETTER TO MY SISTER Ald Void	731
YA BASTA HIJOS DE PUTA. YA ME CANSÉ Iván Ruiz	581	AN EVENT, A HORIZON Enrico Dau Yang Wey	739
CON LAS TIJERAS EN LA MANO, RECORTANDO UN CÍRCULO EN EL AIRE (LA VENERABLE PACIENCIA DEL PENSAMIENTO) Juan Carlos de Sancho	599	BIBLIOGRAFÍA / BIBLIOGRAPHY	755
L'AIUOLA Francesco Scarabicchi	609	BIOGRAFÍAS / BIOGRAPHIES	789
HACER PARA EL NO-OLVIDO Viviana Silva	613	ÍNDICE / INDEX	819
LOS FANTASMAS DEL ARCHIVO Miriam Valero	635		
MUESCAS DE OLVIDO Julia Valiente y Víctor Infantes	657		
LEER / VER DOS VECES HASTA OLVIDAR: ELEMENTOS ALEGÓRICOS Y FALSO DOCUMENTAL EN HIROSHIMA MON AMOUR Irene Valle y Alejandro Arozamena	671		
IL RITORNO Angelo Vannini	693		